

“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han recordado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” v.g.s.

### Cuento sanador para la alegría

## EL HOMBRE DESDICHADO Y LA NIÑA AFORTUNADA

2º- 3º

Música: AlguienMuGrande

The musical notation is written on two staves in 2/4 time. The first staff contains the first two measures of the melody, with circled numbers 1 and 2 above the notes. The second staff contains the next two measures, with circled numbers 3 and 4 above the notes. The lyrics are written below the notes: 'Ser a - le - gre es u - na le - y, quien la cum - ple se rá rey.'

<https://ideaswaldorf.com/ser-alegre/>

Hace mucho tiempo, en una pequeña ciudad no muy lejos de donde vivo, hubo un joven que tenía mala suerte en todo cuanto iniciaba. Su padre ya había sido llamado "desdichado", y él había heredado el mismo nombre. Sus padres habían fallecido cuando era pequeño, y una tía alta y flaca, que lo adoptó, le pegaba cada vez que regresaba de misa; mas como ella iba diariamente, le pegaba todos los días. Ciertamente, tenía demasiada mala suerte, como por ejemplo: al cargar un vaso, por lo general se le caía, y cuando luego, llorando, levantaba los pedazos, se cortaba un dedo.

Así le sucedía con todas las cosas. No obstante, un buen día la tía flacucha se murió, y él le plantó en su tumba tantos arbustos y árboles, como si otra vez fuera a sacar de ellos todos los palos que ella había quebrado en su espalda; a pesar de ello su mala estrella parecía ir aumentando cada día más.

Como consecuencia, se apoderó de él una tremenda tristeza, por la que decidió salir a recorrer el ancho mundo. "Ya no me puede pasar nada peor", pensaba, "quizás algo mejor". Llevó consigo su caudal y, finalmente, salió por el portal de la ciudad.

Fuera del portal, se detuvo, por última vez, sobre el puente de piedra, asomándose por el parapeto, miraba las raudas olas que se espumajaban contra los cimientos, y su melancólico corazón le hizo pensar que tal vez estaría mal hecho dejar esta ciudad, donde había vivido por tanto tiempo.

Si no fuera porque de repente el viento soplaba muy fuerte, llevándose consigo el sombrero al río, todavía se hubiera quedado ahí por mucho tiempo.

Súbitamente, despertó de sus sueños, porque su sombrero ya había pasado debajo del puente, bailando al otro lado en medio del río; y cada vez, cuando una ola lo subía, parecía gritarle burlonamente:

*"¡Adiós, desdichado! Yo me voy de viaje, si quieres, tú quédate en casa".*

Así sucedió que el joven desdichado salió sin sombrero. A menudo, lo encontraban compañeros alegres, cantando jubilosos e invitándole a convivir. Mas él, sacudía cada vez tristemente la cabeza, diciendo:

*"¡No voy bien con vosotros, y os daría mala suerte! Además, mi nombre es Desdichado!"*

Tan pronto como oían tal nombre, los muchachos alegres se pusieron serios, y con mucha pena rápidamente se esfumaron.

Cuando al anochecer llegaba cansado a una posada, se quedaba sólo en un rincón de la mesa, apoyando la cabeza entre las manos, sentado frente a la jarra de estaño llena de vino, que no quería vaciarse nunca. Entonces podía suceder que la hija del posadero se le acercaba discretamente, le tocaba en el hombro, hasta hacerlo voltear asustado, para luego preguntarle por qué estaba tan triste; mas, después de haber narrado su historia y descubierto su nombre, ella, sacudiendo la cabeza, regresaba a su cueca, dejándole solo con sus tristes pensamientos.

Ahora bien, después de andar durante varias semanas, sin ninguna meta en mente, de repente llegó a un gran jardín precioso, rodeado de una alta reja con puntas doradas. A través de los barrotes se podían ver unos árboles muy viejos y arbustos bajos, que alternaban con grandes extensiones de puro pasto. Entre ellos serpenteaba un pequeño arroyo, con varios puentes para atravesarlo. Venados y ciervos mansos se paseaban en las veredas de arena amarilla, llegaban hasta la reja, donde metían sus cabezas hacia fuera para comer de su mano el pan. Entre los árboles, en medio del jardín, se veía sobresalir un castillo majestuoso, cuyos techos plateados brillaban al sol, con estandartes y banderas coloreadas, que ondeaban en lo alto de sus torres.

El pobre desdichado siguió su camino a lo largo de la reja, hasta que por fin encontró un portal abierto, de donde una larga alameda sombreada conducía directamente hacia el castillo. En el jardín mismo todo estaba tranquilo; no se oía ni se vía a nadie. En el portal estaba colgada una placa y el joven desdichado pensó: *"¡Ah, como de costumbre, a la entrada de un bello jardín, con los portales abiertos, siempre hay un anuncio avisando que está prohibida la entrada!"*

Mas para su gran sorpresa vio que por esta vez se había equivocado, porque solamente decía:

*"¡Aquí se prohíbe llorar!"*

"*Qué raro,*" pensaba, y sacó su pañuelo para frotarse un poco los ojos, porque no estaba muy seguro si no se encontraba una media lágrima en una de sus puntas. Luego entró al jardín por el camino que le llevaba directamente al castillo. A lo tímido, escogió, antes de llegar, otra vereda que estaba escondida detrás de unos setos de jazmines y rosas.

Continuando por este sendero, pronto llegó a un pequeño bosque, del cual salía un camino que serpenteaba hacia una loma. Al final de la última vuelta ya se le abrió la vista hacia la cima, donde en el pasto estaba sentada una bellísima doncella.

En su regazo tenía una corona dorada, que continuamente empañaba, para luego pulirla con su delantal de seda; al ver que otra vez brillaba como antes, daba unas palmadas de pura alegría y nuevamente se la puso después de haberse acomodado el cabello detrás de las orejas.

El desdichado, al observarla, sintió un hielito raro, su corazón empezó a latir con tanta fuerza como si estuviera a punto de estallar. Se escondió en cuclillas detrás de un agracejo, cuando una rama se le atravesaba frente a la cara; el viento la movió suavemente de arriba hacia abajo, de manera que una espina le hacía continuamente cosquillas en la punta de la nariz, hasta que de repente lo hizo estrangular. La muchacha de la corona se volteó asustada y descubrió al desdichado en postura encogida detrás del arbusto.

-*"¿Por qué te escondes?" exclamó, "¿quieres hacerme algún mal, o me tienes miedo?"*

Entonces el joven salió de su escondite, temblando como una hoja.

-*"¡Tú no me vas a hacer nada!" continuó ella sonriendo,*

-*"Ven, siéntate a mí lado: todas mis amigas han salido dejándome sola. Si quieres, cuéntame algo bonito, ¡pero que sea para reírse! ¿Oyes? - Pero te ves tan triste, ¿qué te pasó? Sin esta cara tan fúnebre, realmente serías un hombre muy guapo!"*

-*"Sí así lo quieres", contestó el desdichado,*

-*"Me sentaré contigo por un rato. ¿Mas, quién eres tú? Nunca en mi vida había visto algo tan bello y precioso como tú."*

-*"Soy la princesa afortunada, y éste es el jardín de mi padre".*

-*"¿Y qué haces tan sola?"*

-*"Doy de comer a mis venados y ciervos y estoy puliendo mi corona."*

-*"¿Y después?"*

-*"Alimento a mis peces dorados".*

-*"¿Y cuándo terminas con eso?"*

-*"Entonces regresan mis amigas y luego nos reímos, cantamos y bailamos".*

-*"Oh, qué vida tan feliz llevas; ¿y diariamente es así?"*

-*"Claro que sí, pero ahora dime tú también: ¿quién eres y cómo te llamas?"*

-*"Ay, bellísima princesa, puedes exigir de mí todo lo que quieras, menos esto: Soy el hombre más infeliz bajo el sol y mi nombre es el más feo de todos".*

-*"Vaya", dijo ella, "¡tener un nombre feo es muy serio! En el país de mi padre hay uno que se llama alma de cántaro y otro tiene el nombre de 'pringón'."*

-*"Mi nombre es más feo todavía: me llamo 'desdichado'."*

-*"¿Desdichado? ¡Esto es para morir de risa! ¿Por qué no puedes cambiar tu nombre? Sabes, voy a inventar un nombre especial y bonito para ti; luego pediré permiso a mi padre para que lo puedas llevar. Él puede hacer todo lo que quiere por ser rey. Mas lo haré solamente bajo la condición de que tú pongas una cara alegre. ¡Quita la mano de tu*

*cara, no debes opalizarte siempre la nariz! Tienes una nariz tan bonita, pero de esta manera la echas a perder totalmente. ¿Ahora, quita el pelo de tu frente! Bueno, así te ves más o menos razonable. - Dime, ¿por qué estás siempre tan triste? Pues, yo siempre estoy de buen humor, y cada persona con quien hablo, se alegra; ¡solamente tú eres la excepción!"*

*- "¿Por qué estoy tan triste? Porque lo fui durante toda mi vida y siempre tuve mala suerte. ¿Cómo haces para estar tan alegre todo el tiempo?"*

*"Un nada fue mi madre en la batita, porque mi padre hace tiempo le hizo un gran servicio. Ella me abrazó, me besó en la frente, y me dijo: 'Tú siempre debes estar alegre y hacer alegre a todo el mundo'. Si un hombre sumamente triste te ve, debe olvidarse de su mala suerte; y sea tu nombre: 'afortunada' —parece que a ti nunca te besó un nada'."*

*- "No, no, jamás!" contestó de inmediato.*

Entonces la princesa se quedó muy callada y pensativa, mientras le miraba con sus ojos grandes y azules de tal manera, que él sentía como escalofrío en la espalda. La princesa añadió:

*- "¿Será indispensable que sea un nada? Se me hace que una princesa también vale algo. Ven, arrodíllate, porque me quedas demasiado alto".*

Entonces se le acercó, le dio un beso y, riéndose salió corriendo.

Antes de que el desdichado se diera cuenta de lo que había pasado, la princesa había desaparecido. Lentamente se levantó, le parecía como si se despertase de un ensueño; sin embargo, sintió que no podía ser, porque una maravillosa alegría empezó a llenar su corazón. Se dijo:

*- "Si ahora tuviera mi sombrero para echarlo al aire; ¡a lo mejor empezaría a trinar y saldría volando como una alondra! Por lo menos, yo así me siento; es cierto, creo que estoy feliz, ¡qué raro!"*

Antes de tomar su camino, recogió todavía un gran ramo de flores, y cantando partió.

Tan pronto como hubiera llegado a la próxima ciudad, se compró un chaleco de terciopelo rojo, forrado de satén, y un birrete, adornado con una larga pluma blanca, y mirándose en el espejo, pensó:

*- "¿Desdichado es mi nombre? Veremos, si no me consigo otro, pero el más bonito que haya o no lo acepto."*

En seguida, subió a un caballo, le pegó con las espuelas, haciéndolo bailar alegremente, y así continuaba su viaje.

Mientras tanto, la princesa afortunada, después de haberle dado un beso al desdichado, corriendo cada vez más lento, al final se sentó en un banco cerca del castillo y lloró a lágrima viva, y cuando sus amigas regresaron, la encontraron todavía sollozando. En vano trataron de consolarla. Temiendo lo peor, buscaron al rey, gritando: "¡Señor rey, por Dios! ¡Una desgracia para todo el país! La princesa afortunada está llorando en el jardín y nadie puede ayudarlo!"

El rey, pálido de susto, rápidamente bajó por las escaleras al jardín; donde encontró a la princesa llorando, sentada en un banco con la corona en su regazo. Tantas lágrimas había derramado que brillaban por el sol como cubiertas por miles de diamantes. El rey, consolándola,

abrazó a su hija, pero ella no podía dejar de llorar. Aunque la llevó al castillo para regalarle lo más bello y valioso de todo el país, se quedó triste a pesar de su insistencia en preguntarle la causa del profundo dolor que le había atravesado, ella no le contestó. Mas el rey instó tantas veces, hasta que por fin se lo confesó: le platicó como, estando en el jardín, había venido un joven que se veía tan triste, y cómo lo había besado para ver, si con esto quizás se hubiera sentiría un poco más alegre.

El rey quedó estupefacto:

*"¡Un hombre extraño y desconocido, seguramente un operario común y corriente! ¡En feos vestidos y además sin sombrero! ¡Es increíble!"*

*"Me dio tanta lástima."*

*"¡Qué razón tan bonita para una princesa, besar al primer vagabundo que cruza su camino. ¿Y se llama desdichado? ¡Increíble! A este hombre lo mandaré buscar y cuando lo tenga, será decapitado! Es el menor castigo que se merece".*

En seguida, el rey mandó a sus jinetes a buscar por todos lados a este pobre desdichado.

*"Si encuentran a un joven, que se ve como si los ratones le hubieran quitado su pan, y que no tiene ni un sombrero, ¡él es! ¡Traédmelo enseguida!"*

Los vasallos salieron esparciéndose como paja, soplada por el viento, recorriendo todo el país. Algunos de ellos pasaban al desdichado, quien vestido con elegancia orgullosamente montaba su caballo, mas no lo reconocían y tenían que regresar al castillo sin haber logrado su propósito. El rey los regañó, llamándolos tontos y torpes, que no servían para nada.

Sin embargo, la princesa se mantuvo triste como antes, llegando diariamente a la hora de la comida con los ojos hinchados de lágrimas. El rey no hizo otra cosa que mirar, cada vez de nuevo, a su bella y triste hija, por lo que entre tanto la sopa y el guisado se enfriaban.

Así pasaban las semanas; hasta que, un día de repente se oyó un ruido en el patio del castillo. Todos se arrimaron a la ventana, y antes de que el rey tuviera tiempo de investigar la razón, ya habían entrado dos súbditos, trayendo consigo al pobre desdichado; se le habían atado las manos en la espalda, mas su cara brillaba, como si en toda su vida no le hubiera pasado nada más grato. Hizo una reverencia ante el rey, y luego se enderezó orgullosamente, esperando la decisión sobre su futuro.

*"¡Hemos capturado a este pajarito, Su Majestad!"* dijo el más grande de los dos súbditos.

*"Parece que entretanto se ha mudado de plumaje, porque vuestra descripción con respecto a él, ¡queda como a un Santo Cristo un par de pistolas! Jamás lo hubiéramos encontrado, si no fuera porque él mismo, torpe y tonto, nos hubiera contado toda su historia, cuando estábamos juntos en una taberna. ¿Y vos imagináis lo que hizo, después de haber sido capturado y atado? ¡Siguió riendo y cantando! ¿Sabéis que hizo, cuando lo sentamos en su caballo y, llevándolo entre nosotros corríamos hacia acá? ¡Nos regañó por no avanzar más de prisa! Como si no pudiera esperar su ejecución. Si éste es el hombre más triste de toda la humanidad cristiana, entonces, Su Majestad, quisiera ver, pues, al más alegre. Él tal vez deberá, a la hora del desayuno arrancarse sus piernas para meterlas dentro del café. ¡Todo lo demás este hombre ya lo ha hecho!"*

Oído esto, el rey se colocó en frente del joven, con los brazos cruzados, y le preguntó:

-*"¿Entonces tú eres el hombre que tuvo la impertinencia de dejarse besar por la princesa?"*

-*"Sí, Señor rey, ¡y desde entonces soy el hombre más feliz del mundo".*

-*"¡Échenlo a la torre, mañana será decapitado!"*

En seguida, los vasallos llevaron al desdichado a la prisión; y el rey, en su recámara, iba y venía con largos pasos.

-*"Es un asunto grave", se dijo, "ya lo tengo en mi poder, y mañana será ejecutado; aunque por esto mi hija afortunada no recobrará su alegría".*

Silenciosamente, se acercó a la puerta de la recámara de su hija, miró por el agujero de la llave, sacudió la cabeza, y otra vez siguió sus pasos, por aquí y por allá, hasta que finalmente se decidió a llamar a su consejero secreto. Después de escuchar al rey meditaba todo y dijo:

-*"No sé, si lo siguiente será la solución, pero se puede hacer el intento: es indudable que el desdichado primero estaba triste, y ahora está alegre; también es cierto, que nuestra bella princesa antes siempre estaba alegre, y ahora está llorando constantemente. Parece muy probable, que el beso tiene la culpa. Por lo tanto, el desdichado tiene que devolver el beso a la princesa. Esta, Su Majestad, es mi más sumisa opinión".*

-*"¡Pues, esto es del todo imposible!" replicó el rey disgustado, "está en contra de mis costumbres tradicionales".*

-*"Sí, será posible, cuando Su Majestad lo tome como 'Acto de gobierno de Estado', y entonces nadie podrá oponerse".*

Después de reflexionar otro rato, el rey ordenó:

-*"Bueno, vamos a tratar de hacerlo, llama a todos los duques y caballeros a la sala del trono y manda por el prisionero".*

El rey se puso sus vestidos oficiales y se sentó en el trono. A su lado se encontraba la princesa, a quien no se había atrevido a decirle, por qué razón la había llamado; y alrededor se reunió toda la corte: los nobles en trajes bordados con estrellas doradas y con sus bandas. Todos estaban callados; luego se abrió la puerta y trajeron al desdichado.

-*"Mañana serás decapitado", le habló el rey con brusquedad, "pero antes, en este momento y a la vista de todos estos nobles e ilustres Señores vas a regresar a mi hija el beso, que ella te dio tan imprudentemente."*

-*"Si esto es todo lo que Usted desea, Señor rey, con mucho gusto lo haré; y si es posible que un hombre pueda ser todavía más feliz de lo que soy, ¡seguramente lo seré!"*

El rey lo interrumpió bruscamente: *"Veremos, si por esta vez no te equivocaste".*

Lentamente el desdichado se acercó a la princesa, la abrazó y le dio un beso. Mas ella tomó su mano, lo miró con mucha amabilidad y así los dos se quedaron en frente del trono.

*"¿Ya nuevamente estás alegre, mi querida hija?" preguntó el rey.*

*"Un poco, Señor Padre, pero no durará por mucho tiempo", replicó ella.*

*"Sí, sí, ya lo veo, él no se puso triste otra vez, como sería de esperarse; todavía está sonriendo con su cara tan impertinentemente alegre. ¿Qué hacemos pues?"*

La princesa bajó la mirada, mientras quedito dijo:

*"Yo lo sé, padre, y a ti te lo diré, pero solamente al oído".*

El rey llevó a la princesa a la antesala; y cuando poco después regresaron, tomó la mano del joven desdichado, la puso en la de la princesa y luego informó a todos los Señores y nobles presentes:

*"Sea por Dios, no hay remedio; éste es mi querido hijo, quien será el rey cuando yo me muera un día".*

El desdichado se convirtió en príncipe y más tarde en rey. Vivía en el castillo y le dio a la princesa tantos besos, que se puso todavía más alegre que antes. En cambio, la princesa afortunada le regalaba los más bellos nombres en lugar del suyo feo, cada día otro. Solamente de vez en cuando, estando demasiado traviesa, le recordaba:

*"¿Todavía sabes tu nombre anterior?"*

y luego se moría de la risa. Mas él le cerraba la boca con la mano, diciendo

*"Cállate ¿qué va a pensar la gente, si te oyen? ¡Me perderán todo el respeto!"*

Aportación de IdeasWaldorf